

CAPITULO III.

Los tres capitanes de Juan de Grijalva.

JUAN de Grijalva aceptó con entusiasmo la proposición que le hizo Diego Velázquez, porque, en efecto, amaba á doña Beatriz, y el único sentimiento que tenía era no poder ofrecerle con su amor la felicidad que ofrece la fortuna á aquellos á quienes sonríe.

La esperanza de medrar llevando á cabo aquella expedición, y volviendo de ella triunfante; la seguridad de que su amigo y pariente Velázquez pagaría sus servicios con largueza, le decidieron á arriesgar la vida para poder adquirir los medios de volver á España con su esposa, y de vivir en la madre patria bajo el amparo del amor.

—Es necesario que busqueis compañeros que os ayuden con su consejo y su valor, dijo Velázquez á Grijalva. Puesto que vos habeis de dirigir la expedición, escogedlos, que nadie mejor que vos podrá elegirlos.

Hallábanse á la sazón en Cuba, entre otros muchos soldados ansiosos de aventuras, tres, notables por su franco carácter, por su bravura, por el poco aprecio que hacían de la vida, y por el gran deseo que tenían de abandonar el ocio por la guerra.

Llamábase uno de ellos Pedro de Alvarado, y en lo sucesivo de esta historia tendremos ocasión de conocerle muy á fondo, porque desempeñaba un papel muy importante

Eran los otros dos Francisco Montejo y Alonso Dávila.

El primero había pasado su juventud en un convento.

Su humildad, su modestia, habían hecho creer que sería con el tiempo un eclesiástico modelo, y nadie, al verle en los primeros años de su vida, hubiera podido creer que más tarde llegaría á encontrarle apurando sendos vasos de vino en alguna hostería, jugando á los dados, tomando parte en pependencias y cambiando gustoso la vida del campamento por la regalada tranquilidad de la paz.

Pero ¡lo que es el mundo!

Siendo lego, y estando un día á la puerta de su convento, pasó por allí una joven de peregrina hermosura, acompañada de una dueña.

Tarde ó temprano, el torrente oprimido rompe el obstáculo que le sujeta y le desbarata.

Francisco, obedeciendo á un impulso desconocido, siguió á la joven y averiguó dónde vivía.

Tornó á su celda y no pudo dormir aquella noche.

Su único afán, á partir de aquel momento, fué cambiar el hábito de paño burdo por la cota de malla, ó cuando ménos por las calzas listadas, el airoso tonelete, el elegante capotillo, y el donoso birrete con la blanca y rizada pluma.

Pero esto era imposible.

Dependía de un convento, carecía de recursos para proporcionarse aquellas galas, y al mismo tiempo sabía que sin ellas no podía aspirar á hacer el trovador delante de los balcones de su amada.

Cayó en una profunda melancolía.

Su convento era de Franciscanos, y como lego, le enviaban á hacer cuestaciones por los pueblos de los alrededores.

Un día que volvía con copiosa limosna, y á bastante distancia del asno en donde conducía los regalos de las beatas, se vió de pronto detenido por unos cuantos salteadores.

Al dirigir los ojos en torno suyo, vió cerca de su pecho la boca de unos cuantos arcabuces.

Lo primero que hizo fué hincarse de rodillas y pedir piedad.

—¿Traes monedas contigo? le dijeron.

—¡Ah! No, señores, exclamó. Las beatas dan comestibles, pero no monedas.

—Pues sigue tu camino, que nosotros no trabajamos solo para comer.

Deslizóse en cortesías el lego, y no hubo andado cinco pasos, cuando volviéndose llamó á los salteadores.

—Oídme, amigos, les dijo: acaba de ocurrírseme una idea.

—¿Qué es lo que quiere el lego?

—Yo no sé lo que sois; pero os veo libres, con armas, y acaso con dinero, porque si no lo llevais encima, es muy posible que os entregue el que lleve cualquier caminante que venga detrás de mí. Vuestro oficio me gusta más que el mio. ¿Qué podria hacer para cambiar el que profeso por el vuestro?

Uno de los salteadores, prendado de la soltura con que hablaba el mancebo:

—Una cosa muy fácil, le respondió; ahorcar los hábitos.

—De buen grado seguiria vuestro consejo; pero si tal hiciera me tomarian las gentes por Adan.

—¿Quieres de veras formar parte de nuestra banda?

—Es lo que más deseo.

—Pues mira, lleva el burro á la cuadra y ven mañana.

Si no es más que eso, el burro se irá solo; conoce ya el camino. Ya no me separo de vos.

—¿Y en este traje has de venir?

—Con unas calzas saldria del paso.

—¿Unas calzas no más?

—Dádmelas y vereis la idea tan peregrina que se me ha ocurrido.

Uno de los salteadores sacó de su zurrón unas calzas viejas, y despues de ponérselas Francisco, se quitó el hábito.

—Dadme una daga, dijo.

—¿Qué vais á hacer?

—Dádmela y lo vereis.

—Tomadla.

Con la daga cortó una media vara de falda del hábito, y volviendo á ponérsele, quedó hecho un tonelete con la capucha.

En la capucha guardó los pedazos del hábito, y con inmensa alegría, despues de dar un palo al burro y decirle:

«Echa á correr y da expresiones á los hermanos.»

—Ya me teneis á vuestra disposicion; dijo á sus compañeros.

Satisfechos los salteadores de la compañía de aquel mozo, que bajo tan buenos auspicios se les presentaba, le llevaron á su lado, y no tardó en presenciar una operacion bastante dolorosa para un arriero que hallaron en un camino.

Por la noche lo presentaron al jefe de la banda, le proveyeron de traje y de armas, y al dia siguiente le confiaron una arriesgada empresa.

Francisco habia logrado lo que queria.

Pero no podia prestar su apoyo á unos salteadores, y resolvió escaparse de su lado.

En efecto; apénas se separó de ellos, tomó el camino de la ciudad, en donde habia residido hasta entónces, y de buenas á primeras, como quien desconoce el peligro, se fué á la casa de la jóven que tan vehemente amor le habia inspirado; llamó á la dueña, la manifestó sus deseos, y la buena mujer, sorprendida de aquella temeridad, no halló otra salvacion que la de llamar en su auxilio á los lacayos de su amo; que era uno de los caballeros más principales de la ciudad.

Los lacayos arremetieron contra el galanteador, y fué tal la bravura que desplegó en aquellos momentos, que hizo correr á cuatro hombres, dejando mal herido á uno.

No dudó que la justicia trataria de prenderle, y saliendo precipitadamente de la ciudad, anduvo quince dias de posada en posada, llegando al cabo de este tiempo á Cádiz, precisamente

en el momento en que se alistaba gente con el objeto de embarcarse para la Española.

Alistóse Francisco, y todavía pudo servir algun tiempo á las órdenes de Ovando.

En las escaramuzas para someter á los indios, desplegó tal valor, tal energía y se acostumbró de tal modo á la vida militar, que muy en breve se hizo notar de todos, y á la llegada de don Diego Colon fué nombrado capitán de un tercio, y contribuyó con Velazquez á la conquista de Cuba.

Este hombre fué, como hemos dicho, uno de los capitanes que eligió Grijalva para su expedición.

Dávila no era ménos valeroso que él, por más que no hubiera sido su vida tan aventurera como la de Montejo.

Hijo segundon de una noble familia de Castilla la Vieja, con decidida afición á las armas, lanzó un día al aire una moneda.

—Si sale cara, dijo, pelearé en Flandes; si sale cruz, en las Indias.

Salió cruz, y se embarcó.

En cuanto á Pedro de Alvarado, el autor nos permitirá que por ahora aplacemos la narración de su historia. Va á figurar demasiado en este libro, y por otra parte, los acontecimientos de su vida fueron tan extraordinarios, que bien merece dejarle para uno de los momentos en que más interesante aparezca su figura.

Grijalva habló á los tres de sus deseos, y ellos, entusiasmados ante la esperanza de la honra y del provecho, se aprestaron á acompañarle.

Como hemos dicho, las carabelas partieron de Santiago de Cuba á principios de Abril.

Llevó consigo Grijalva á algunos de los soldados y á dos pilotos de los que habian formado parte de la anterior expedición.

Desde luego dispuso que siguieran los navíos el mismo derrotero que la embarcación de Fernandez de Córdoba.

Pero el impulso de las corrientes los llevó, mal de su grado, por otro camino, y al poco tiempo descubrieron, cuando ménos lo pensaban, la isla de Cozumel.

Los naturales, muy parecidos á los indígenas de Cuba, se mostraron indiferentes, y creyendo Grijalva que nada adelantaria con desembarcar allí, mandó á los pilotos que volvieran á buscar el primitivo rumbo, y sin contratiempo de ningun género dieron vista á los pocos días al Yucatan, doblando la punta de Catoche en la parte más oriental de aquella provincia.

Los pilotos y los soldados de la primera expedición indicaban los nombres de los sitios á Grijalva, y deseando aprovecharse de su experiencia, en vez de desembarcar en aquella parte, siguió costeando la sierra, y llegaron á Pontonchan, paraje en donde habia sufrido tan atroz derrota el intrépido Fernandez de Córdoba.

La primera obligación de Grijalva era vengar la muerte que habia sufrido aquel caudillo, y salvar á los infelices que se habian quedado en poder de los indios.

Animado por este deseo, con gran asombro de los naturales, y al mismo tiempo con la mayor tranquilidad, porque presumian vencerlos del mismo modo que habian vencido á los otros extranjeros, saltaron en tierra y se aprestaron al combate.

La primera vez no habian visto los indios más que un navío, y entónces llegaban tres.

El número de enemigos se habia aumentado. Necesitaban unir á la fuerza la astucia, y en tanto que unos se internaron para buscar nuevos combatientes, los otros se ocultaron con el objeto de tender un lazo á sus adversarios.

Empezaba á anochecer, y Grijalva dispuso que sus soldados no se alejaran de la orilla.

Encendieron hogueras, se sentaron al amor de la lumbre, y dejando centinelas que avisasen de cualquiera tentativa de los indios, se entregaron al sueño, dispuestos al amanecer del día siguiente á emprender la campaña.

CAPITULO IV.

Donde se ve que Grijalva prefiere lo cierto por lo dudoso.

DE todo punto es indispensable que el lector conozca, ántes de seguir en su arriesgada empresa á Hernan Cortés, las tentativas que se habian hecho, porque solo de esta manera es como puede llegar á comprenderse la energía del valiente soldado, que con tan escasas fuerzas se disponia á llevar á cabo una empresa tan colosal.

Grijalva pasó toda la noche en vela, entregado á los más extraños pensamientos.

La idea de adquirir fama y fortuna, para compartirla con su esposa le habia halagado, y la esperanza del logro de sus deseos habia acallado en su corazon los temores que habia despertado un momento la lucha en su imaginacion.

Pero aun estaba á bastante distancia de la colonia, con tres bajeles y un reducido ejército, en un país extraño, poblado por salvajes, cuyo número ignoraba, y se apoderó de su alma un vivo desaliento, se abultó á sí mismo las consecuencias de la guerra, sintió que desmayaban sus bríos, y de buen grado, despues de aquella lucha interior, hubiera dado órdenes á los pilotos para variar de rumbo y tornar á Santiago de Cuba.

Los primeros rayos de la aurora le hallaron en esta incertidumbre, y poco despues le sacó de su meditacion el vocerío de millares de indios, que armados con flechas, cayeron de pronto sobre los extranjeros, sin darles tiempo apénas para ponerse en guardia y resistir el empuje.

Con la precipitacion y la sorpresa formó tres divisiones, al mando cada cual de uno de los tres capitanes que llevaba, y al aproximarse los indios les hicieron retroceder las balas de los españoles.

Esta retirada dió tiempo á los soldados de Grijalva para rehacerse y atacar á su vez á los indios.

Pero alentados éstos por sus jefes, volvieron de nuevo á la pelea, y durante una hora duró la encarnizada lucha, quedándose al fin los españoles dueños del campo.

—¡Estéril triunfo! dijo Grijalva á sus compañeros. Nada tenemos que hacer aquí, porque viéndonos obligados, para cumplir los deseos de Velazquez, á proseguir nuestro viaje, seria inútil que conquistásemos este territorio.

—Pero al ménos hemos vengado á nuestros hermanos, dijo uno de ellos.

—Debemos permanecer aquí más tiempo, y explorar las montañas de la isla para ver si encontramos á los españoles que aprisionaron estos indios cuando mataron á Fernandez de Córdoba.

Prevaleció la opinion de Grijalva, y dándose á la vela sus soldados, siguieron por la costa, observando á lo léjos poblaciones con edificios, aunque groseros, mucho mejores que los de los indios de Haiti y de Cuba.

Deseaban los capitanes desembarcar á menudo para explorar el país; pero Grijalva, en quien se habia despertado un inmenso amor á la vida, los disuadia, y valiéndose de mil excusas, continuó navegando por el Golfo de México.

Al llegar á Tabasco no tuvo más remedio que desembarcar, y aunque los indios de aquel país salieron á su encuentro decididos á combatir, animado por el espíritu que le guiaba, y pretextando que era mejor para su causa ganar amigos que luchar con adversarios, logró entrar en relaciones con el cacique de aquella provincia.

No agradaba mucho á sus capitanes la conducta de Grijalva, ó como el que más le censuraba era Alvarado, dispuso que volviera con un bajel à Cuba, para dar cuenta al gobernador de la expedicion que habia hecho, y animarle á que enviara mayor número de fuerzas para verificar la conquista.

Con los otros dos capitanes, á quienes dominaba, continuó el viaje, llegando hasta el puerto que conocemos con el nombre de San Juan de Ulna, siempre en actitud pacífica sin internarse, y como un hombre que desprecia las ventajas que le ofrece la suerte por temor de ser engañado.

Llegó por fin á la costa de Panuco, y entraron en el rio al que le dieron el nombre de las canoas, porque diez y seis de estas pequeñas embarcaciones rodearon al navío que mandaba Alonso Dávila, y disparando una nube de flechas sobre los soldados de su tripulacion, cortando ademas una de las amarras para apoderarse de la carabela.

El navío de Grijalva acudió en auxilio del de Dávila, y los indios fueron puestos en fuga.

Grijalva resolvió por fin suspender el viaje, y convocando á los capitanes y pilotos, y exponiéndoles ante todo que faltaban los víveres y que los soldados estaban desanimados y descontentos:

—Volvámonos á Cuba, les dijo; ya conocemos el camino, ya sabemos los enemigos con quien tenemos que luchar; pero nuestras fuerzas no son suficientes. Recojamos allí provisiones y refuerzos, y entónces volreremos á conquistar.

Conociendo todos su irrevocable resolución, la apoyaron, y el 15 de Noviembre, despues de siete meses de navegacion, llegó á Santiago de Cuba.

Las noticias que habia llevado Pedro de Alvarado á Velazquez, habian aumentado el entusiasmo del gobernador, y aguardaba de un momento á otro que llegase Grijalva noticiándole

que habia llevado á cabo la conquista. Su inesperada aparicion irritó profundamente á Velazquez.

Recibiéndole con marcada descortesía, calificando su indecision de exagerada prudencia, llegando en su arrebató hasta calificarle de cobarde, procuró, para no verle, que abandonara la isla de Cuba, y con nuevo brío, con verdadera fiebre, se dedicó á proporcionarse los medios de emprender aquella conquista que anhelaba, y que habia perdido por la poca resolución de Grijalva, sin acordarse de que por una causa análoga continuaba él en Santiago de Cuba, en vez de correr los azares de aquella expedicion.

Confió su pensamiento à los religiosos de san Jerónimo que residian en la isla de Santo Domingo; envió un emisario à la córte de España para que anunciase su esperanza de añadir una nueva conquista á las que se habian hecho en el Nuevo Mundo; mandó carenar los buques de Grijalva; se proporcionó algunos más; los pertrechó, armó y abasteció con el mayor esmero, y consumados estos preparativos, buscó un caudillo á quien confiar la empresa más resuelto que Grijalva, y al mismo tiempo oscuro para que no pudiera arrebatarse la gloria de su soñado triunfo.

Por más que hizo todos los trabajos indirectamente, cundió la noticia de sus proyectos, y no fueron pocos los que, poniéndose de parte de Grijalva, le aconsejaron que le nombrase jefe de aquella nueva expedicion.

Solicitaron tambien el mando de los buques Antonio y Bernardino Velazquez, parientes muy cercanos del gobernador, á quienes habia dado empleos en Santiago de Cuba, y algunos otros caballeros de los más distinguidos que habia en la isla.

Perplejo el gobernador, no sabia á quien confiar mision tan delicada, cuando despues de haberse puesto de acuerdo Amador de Lariz, contador del rey, y Andrés de Duero, secretario del gobernador de la colonia:

- Nosotros conocemos al hombre que necesitais, le dijeron.
- ¿Quién es?
- Un jóven de valor, en quien sin duda no habeis reparado hasta ahora.
- ¿Cuál es su nombre?
- Hernan Cortés.
- ¡Ah, sí! El protegido de Ovando, el amigo do Diego Colon....
- Vuestro antiguo secretario, dijo Andrés de Duero, interrumpiéndole.
- ¿Y teneis valor de hablarme de él? exclamó Velazquez.
- ¿Todavía le conservais rencor?
- He perdonado sus calaveradas, hijas de la impetuosidad de su carácter; he consentido ser padrino de su hijo. Y no hay duda de que tiene todas las condiciones necesarias para mandar la escuadra. Jamas olvidaré su valor, su pericia, su arrojo cuando á mi lado luchó para conquistar la isla de Cuba. Pero es ambicioso y soberbio, y en un acceso de ira será capaz de echar á tierra mis planes.
- Hace ya mucho tiempo que apénas le veo, dijo Andrés de Duero. Ya sabeis que, como heredé su puesto cerca de vos, no pueden ser muy amistosas nuestras relaciones; pero soy justo, y aun en mis enemigos reconozco las cualidades que tienen. Cortés vive muy retirado. Si fuera ambicioso, ocasiones ha tenido de medrar. Por otra parte, está muy agradecido á vuestras bondades. Aun no ha olvidado que le pusisteis en libertad cuando los alguaciles le prendieron por orden vuestra, y yo creo que, ofreciéndole más provecho que honra, aceptará gustoso el mando de la escuadra y servirá vuestros deseos.
- Velazquez miró con sorpresa á su secretario.
- Me extraña mucho, le dijo, que le recomendeis, habiendo sido siempre vuestro enemigo.
- La pasion quita conocimiento. Cuando él dejó de ser vues-

tro secretario, ocupé yo su plaza. Siempre he temido verme obligado á cedérsela.

—¿Y por esa razon quereis alejarle de Santiago de Cuba?

—No por cierto. Estoy seguro de que merezco toda vuestra confianza, porque os sirvo lealmente. Yo sé que por nada del mundo me arrojareis de vuestro lado; pero por lo mismo, y como una muestra de mi gratitud, reconociendo las cualidades de Hernan Cortés, aunque enemigo natural mio, os recuerdo su nombre, porque no hay otro ni en Cuba, ni en Santo Domingo, ni en la Española, que pueda servirnos mejor que él.

Amador de Lariz esforzó los argumentos de Andrés de Duero, y tales fueron las razones que alegaron, que inclinaron á Velazquez á confiar el mando de la escuadra á Hernan Cortés.

Tardó aún algunos dias en llamarle á su presencia para comunicarle esta resolucion.

En este tiempo su secretario y el contador del rey continuaron trabajando en favor de su protegido.

La historia de Hernan Cortés desde su llegada á Santiago de Cuba con Velazquez, era la única causa de las dudas del gobernador.

Para comprender á qué altura rayaba la habilidad del caudillo á quién hemos visto embarcarse en la Habana con rumbo á un país desconocido de todos, es necesario que el lector sepa lo que le habia pasado.